

Con el plumage erizado,  
Los pájaros melancólicos  
Medio dormidos temblaban  
En los huecos de los troncos.

Junta el pastor taciturno  
Bajo de un árbol añoso,  
El rebaño que pacía  
Por el ya desnudo soto;

Y el labrador entregado  
A triste, estéril reposo,  
De su cabaña en la puerta  
Medita tranquilo y solo.

La altiva ciudad levanta,  
Cual mil brazos de un coloso,  
Las cúpulas y torreonés  
De sus edificios góticos.

Dejad que en su centro abunden  
Placeres que dan sonrojo....  
¡También el silencio reina  
De esos palacios en torno!

Mas ya escasas gotas frías  
A una ráfaga del noto,  
Caen en el pavimento  
Con triste rumor sonoro.

Pasa la ráfaga al punto,  
Y una llovizna de pronto  
En hilos imperceptibles  
Desciende hasta el seco polvo:

Sutil, helada, continua,  
De la tierra á lo mas hondo,  
Del cuerpo á lo mas interior  
Lleva su glacial encono;

Y la sensacion que causa  
Tenaz azotando el rostro,  
Reproduce y multiplica  
Su frio en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo  
Hierre el corazon, y ronco  
Halla un eco prolongado  
Del alma en lo mas recóndito!

Las horas calladas cruzan  
Bajo el cielo nebuloso,  
Como fantasmas del aire  
Por las noches del otoño.

Sus tardos pasos publican  
Solo en los bronces sonoros,  
Que en las torres de los templos  
Vibran con ecos medrosos.

Pero pasan invisibles,  
Como por el mundo loco  
Pasa la virtud modesta  
Bajo de su trage propio.

Sobre sus alas el dia  
Corre hácia el poniente próximo;  
Y cuando toca su frente  
De la noche el dedo lóbrego,

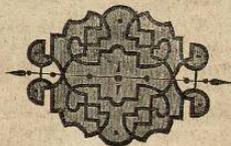
Cae en pedazos en ella,  
De sus fauces á lo hondo,  
Como en popular tumulto  
Los despedazados troncos;

Y así parece ese dia  
Sin sol, sin colores, como  
En infecundo cerebro  
Un pensamiento grandioso.

Dia nublado es la vida,  
Su lluvia el humano lloro,  
Y el frio del desengaño  
Hiel a el ardor mas fogoso:

Dia nublado que cae  
Con sus goces ilusorios,  
En la noche de un sepulcro  
Pobre ó rico; pero hediondo!

Diciembre 25 de 1843.—C. COLLADO.



# BIBLIOGRAFIA.

## MANUAL DE URBANIDAD

POR

EL EXMO. SR. D. MANUEL DIEZ DE BONILLA.

„Tout homme est capable de faire du bien  
à un homme; mais c'est ressentir aux  
dieux que de contribuer au bonheur d'une  
société entière.”

MONTESQUEL.

El Exmo. Sr. D. Manuel Diez de Bonilla, ex-ministro plenipotenciario cerca de la Silla Apostólica, nuestro digno colaborador, habiendo regresado de Europa con un regular caudal de conocimientos científicos, por haber estudiado durante su misión diplomática las mejores obras que sobre diversas materias se han publicado en aquel continente, y haber tratado intimamente á muchos de los sabios que en ella figuran; habiendo, pues, regresado á su patria, y deseoso de cuantas mejoras pueda proporcionarle, se ha propuesto publicar varias obras políticas, diplomáticas y morales, ya originales ya traducidas, para ofrecer esta utilidad á su país.

La obra inédita que hoy anunciamos con el modesto título de „Manual de Urbanidad,” contiene ininidad de preceptos morales presentados con una amenidad nada comun en obras de esta clase. Matizada con multitud de anécdotas interesantes, de trozos de poesía traducidos de varios autores estrangeros, así como de españoles y aun del mismo autor, y escrita en un estilo fluido y hermoso, pronosticamos á esta obra una popularidad extraordinaria.

Los padres de familia agradecerán á su autor el impropio é interesante trabajo que se ha tomado para morigerar á la juventud mexicana, y por otra parte estamos seguros de que mas de diez cuadragenarios leerán este Manual con sumo interés, y lo tomarán por espejo.

Consideramos inoportuno hacer el análisis de una obra que dentro de algunos meses debe su-

jetarse al juicio de los mexicanos, pues el manuscrito se va á remitir á Paris para su impresion; mas entre tanto la anunciamos á nuestros suscritores con la mas grata satisfaccion, supliéndolos, para cuando la lean, observen que hemos sido parcos en los elogios que ella merece.

Hemos podido conseguir una copia de la *Introduccion* á la citada obra, y la insertamos para que nuestros lectores puedan formar una corta idea de su mérito.—RR.

### INTRODUCCION.

Nace á veces entre espinas un fruto salvaje, amargo é insípido al paladar; pero que la cultura ó el ingerto lo convierten en dulce y de buen sabor: esta es la imágen de la *civilizacion*.

El hombre por su naturaleza grosero, personal y semibárbaro, se pule, humaniza y ennoblesce bajo el influjo de la razon social, á la manera que el metal suelta la herrumbre bajo la accion del pulimento.

Son principios de la razon social:

- 1.º Ejercer los propios derechos con el menor desagrado de las demas personas.
- 2.º Respetar los suyos, aun cuando pudiesen sernos dañosos.
- 3.º Reconocer su mérito, aunque proceda de nuestros enemigos.
- 4.º No causarles mal, sin justo motivo ó legítima autorizacion.

5.º Promover su bien, aun con sacrificio del nuestro.

6.º Renunciar á resentimientos del momento, que producirían disgustos futuros mayores.

7.º Sacrificar las afecciones personales al interés público.

8.º Lograr la mayor ventaja pública con el menor perjuicio de los miembros de la sociedad.

La *civilización* consiste, pues, en los *trienfos* que obtienen los principios de la razón social sobre los *impulsos desordenados de la naturaleza*. Así, por ejemplo, la naturaleza irritada nos impela á destruir al enemigo, aun cuando no pueda dañarnos; mas al contrario, nos ordena la razón, no hacerle aquel mal que sería inútil á nuestra defensa.

Los *motivos* por que deben seguirse los principios de la razón social son los siguientes.

1.º El placer que se gusta en hacer bien á otros, ó libertarlos de males.

2.º Los servicios que podemos prometernos de aquellos á quienes beneficiamos.

3.º La estimación pública que corona á los hombres benévolo.

4.º Los cargos y honores que debemos esperar de los gobiernos sabios.

5.º Las recompensas religiosas ofrecidas á los que hacen bien al prójimo.

La *Urbanidad* es un ramo de la *civilización*: consiste en el *arte de acomodar la persona y las acciones, los sentimientos y el discurso, de forma que contentemos á los demás de nosotros y de sí mismos, ó bien adquirámos su estimación y afecto dentro de los límites de lo justo y de lo honesto, ó lo que es lo mismo, de la razón social.*

Así como un terreno no es posible embellecerlo, haciendo nacer flores escogidas y multiplicadas con todo género de cultivo, de la misma suerte no se puede producir en el ánimo ageno la estimación y afecto hácia nosotros, con toda clase de medios.

La *urbanidad* no es, pues, un *ceremonial de convención* como han opinado muchos: sus preceptos no se atienen á los caprichos variables del uso y de la moda, sino que dependen de los sentimientos del corazón humano, los cuales son de todos tiempos y lugares. De esta proposición salta á la vista la verdad por la que se reconoce, cuando se ponen en balanza los motivos, por que ciertos actos merecen alabanza de pulidos, y otros, por descorteses, son condenados. Aun el campesino, por ejemplo, se apresura á levantar la moneda ú otro objeto que se ha escapado de la mano, y se inclina pa-

ra ahorrarnos la *incomodidad* que él se toma; lo que es un *ahorro de pena* en la ejecución de un *deseo*; y tal ahorro no es hijo de una convención establecida, sino de la índole de nuestras propias facultades. Hasta en el teatro, cuando los espectadores de atrás piden á los de delante que se quiten el sombrero, ¿lo hacen acaso por una precedente convención? No, ciertamente, sino porque el deseo de participar del común espectáculo es racional y legítimo, como lo es el principio de que el placer de la mayoría no debe ser destruido por el de la minoría, ni aun rebajado.

En el código de la *urbanidad* hay, es cierto, algunas prácticas arbitrarias y convencionales, como las hay en los códigos civiles; pero la mayor parte de los preceptos se dirige á economizar sensaciones incómodas ó memorias aflicivas, y producir ideas halagüeñas ó placeres morales. Puede mirarse como convencional, por ejemplo, el uso europeo, por el cual, para evitar disputas, se concede el derecho de dejar la banqueta ó acera al que lleva la derecha hácia la pared; pues que con igual razón podía acordarse esta preferencia á la izquierda. Empero esta convención está sujeta á la ley de la comodidad ó incomodidad. En efecto, andando á caballo con una persona mas merecedora, pide la convención que se le deje la derecha, poniéndose uno un poco mas atrás; mas en el caso de que el paso sea reshaladizo ó pedregoso á la derecha, debe cambiarse de lugar; y si el viento arroja el polvo que levanta nuestro caballo, contra nuestro compañero, entonces, en vez de quedarnos atrás, nos pondríamos por delante. Por igual razón seremos los primeros en buscar el vado de un río y pasarlo, tanto para servir de guía al compañero, como para no rociarlo de agua ó fango. Se vé frecuentemente ceder la convención á la comodidad hasta en los mismos usos de los carreteros, cocheros y postillones. Un coche, por ejemplo, que está aguardando á ser cargado ó descargado, aunque tenga la pared á la izquierda, obliga á los que van y vienen á separarse de la línea, y tal vez á retroceder, porque si aquel hubiera de moverse cada vez que otro llegase, se haría acaso imposible la carga ó la descarga.

Si la *urbanidad* se redujera á prácticas arbitrarias y convencionales, resultarían de aquí varios inconvenientes; porque 1.º Perdería la *urbanidad* algunos grados de aprecio; 2.º Sería mas difícil para uno retenerse y ajustarse á un buen orden; 3.º Resultarían dudas á cada nueva combinación de cosas; 4.º Faltarían las normas para juzgar los usos y costumbres.

Es claro, por lo espuesto, que la *urbanidad*, considerada en su objeto y medios, no difiere de la moral, sino en la *graduación*. Quien dá, por ejemplo, un vaso de agua á un sediento, hace un acto de *misericordia*; y quien presta la llave de su palco al que desea asistir á una representación teatral, ejecuta un acto de *urbanidad*. En uno y otro caso hay *cesación de un dolor, ó satisfaccion de una necesidad*; y este dolor cesado es lo que constituye el mérito principal de la acción. En el primer caso hay un dolor mas fuerte que en el segundo; pero ya se sabe que el mas y el ménos no mudan la especie. Uno que me niega veinte pesetas que me debe, es acusado de injusticia, porque me priva de los placeres que podía procurarme con esa cantidad; pero si escribiese, sin un motivo poderoso, cinco gruesas cartas á un hombre pobre, obligándole á pagar cuatro pesetas por cada una, de manera que el daño que resintiera subiese á cinco pesos, todos lo tacharian de *indiscreción é inurbanidad*, no por convención, sino por el indicado daño, que es igual en uno y otro caso, ó tal vez suete ser mayor en el segundo, pues que el *desplacer de desembolsar, en circunstancias iguales, es mayor que el de no recibir*.

Las virtudes vencen en grandeza, ó por mejor decir en peso, á la *urbanidad*; pero esta las vence en la frecuencia de sus actos. No es posible, ni á todos ni siempre, el ser generoso; pero siempre y á todos es posible ser urbano.

Muchas veces al día se renueva la ocasión de ejercer modos nobles y estentos, de suerte que la frecuencia suple á la importancia. En suma, la *urbanidad* es la flor de la moral, la gracia que la embellece, el color que la hace amable y amena. Un escritor muy recomendable ha dicho, mas poética que filosóficamente, que las reglas de la *urbanidad* no son fijas como los preceptos dados por Dios sobre el Sinaí, y que cada nacion y en cada tiempo se pueden adoptar las que parezcan mas convenientes. Si la moral es hija de esos preceptos, y si la afinidad, como se ha visto, es tan grande entre ella y la *urbanidad*, tan ciertos son para todo el género humano los principios esenciales de la una como los de la otra, y pueden servir los primeros como piedra de toque para calificar la bondad aquilatada de los segundos.

Es preciso confesar que la *urbanidad* no siempre se presenta abrazada con la moral, y el hombre mas cortés no es siempre el mas morigerado. El pueblo chino se dice que es el mas ceremonioso, y al mismo tiempo se cree el mas falso de los que pueblan la tierra; y sin ir has-

ta la China, cada uno advierte en los caballeros de la industria las maneras mas nobles y los mas agradados cumplimientos para alhagar el amor propio de las personas que quieren casarse. Por esto, acaso, ha dicho un célebre autor, que la *urbanidad* no es sino el *arte de enganarse á sí mismo por el aparente sacrificio de la voluntad propia á la agena, de manera que no es raro el que los hombres mas urbanos sean los mas pèrdidos*. A cuyas razones pùedese contestar con las reflexiones siguientes.

1.º Una hermosa pintura puede subsistir sobre una pared dehesnabla y ruinosa; mas esta combinación de cosas ¿disminuye el mérito general de la pintura? La moneda falsa que aparece en el mercado ¿destruye acaso la necesidad y utilidad de la legítima? Porque la vïbra se esconde á veces entre las flores ¿dejaremos de dar á estas todo nuestro aprecio? Despojándonos de los modales corteses, y revistiéndonos con la apariencia ó realidad de la ordinaria y grosrta ¿nos alejamos de la perdicia? ¿Se hace un vicio ménos nocivo á medida que se muestra con mayor desearo é impudencia?

2.º Hay muchos de nuestros sentimientos que si se hacen manifiestos, ofenden á los circunstantes, ó nos hacemos objeto de su *mirraoracion*: el arte que nos enseña á encubrirlos, ¿no será muy estimable? En efecto, muchos litigios que dividen las familias, tantos odios que abrigan en su pecho los ciudadanos, la mayor parte de los duelos que acacean diariamente, no reconocen otro origen que un dicho ofensivo, un acto descortés, ó un simple mal modo. Pues sea que se corten estos actos con un ánimo sincero ó fingido, será siempre indudable que con huírlos nos libertamos de los indicados males. Poca aprobacion merece el uso de los Espartanos que acostumbraban á los jóvenes á llevar las manos guardadas dentro de la túnica; mas cierto es que esta habitud refrenaba los puños, cuando la cólera inflamaba su ánimo.

3.º La mayor parte de los hombres no conciben una alta idea de sus semejantes sino por los modos esteroses.

Siempre por la apariencia juzga el mundo.

Por tanto, jamás se presentará el verdadero mérito tal como es, si se reviste de una áspera corteza y se desnuda de toda flor de *urbanidad*. Una muger hermosa, pero sin garbo, grosrta y villana, interesa mucho ménos que una que no lo es tanto, pero sí afable y acenta. Por esto los poetas representan á Venus, acompañada de las gracias, dándonos con ello á enten-

der, que la misma belleza no puede pasar sin ellas; porque en efecto, se puede ser bello solo de una manera; pero agraciado de mil.

4.º Tal es hoy de desdichosa la indole de la opinion pública, que con mas frecuencia perdona un vicio que una indecencia; y por esto las maneras, el discurso, el aire, el continente, los gestos grotescos é inurbanos, ademas de acarrear el título de despreciables á los que los usan, son tal vez la única causa porque tales personas no son admitidas á una concurrencia de esparcimiento y agrado, ó no es aceptada su compañía para un viage, ó se les excluye de una tertulia, y quizá hasta de una asociacion mercantil ó industrial, de que pudiera sacarse grande provecho y utilidad. Por tal motivo, cualquiera que pide un favor: suele hacer uso de maneras nobles y atentas, con que se quita á la mala voluntad del que es rogado el pretexto de falta de gallardía y miramiento: y en general, la virtud misma indispono los ánimos en su contra, cuando se viste de una apariencia agreste y salvaje.

5.º Nuestra urbanidad sirve no pocas veces de estímulo á otros para ser mas honestos de lo que quisieran naturalmente aparecer. El mismo delito, por una especie de pudor, que le sirve de conciencia, no osa desmentir las virtudes que se le atribuyen: así, cuando digo á alguno, por ejemplo: *me fio en vuestra honradez*, suscito en su ánimo un sentimiento agradable, que en igualdad de circunstancias, disminuye en él la gana de hacerme traicion. El respeto exterior es una barrera que puede oponerse con buen resultado á una familiaridad perniciosa.

Su decoro es un freno,  
Al nombre mas osado.

6.º Finalmente, ninguno está exento de defectos; y bien, disimulando, *cundo conviene*, los agenos, logramos se disimulen los nuestros, y el arte de disimular oportunamente es un ramo de la urbanidad.

En suma, el deseo de hacer á otros contentos de si mismos y de nosotros, cebando, sin faltar á lo justo, su amor propio, y, con mas razon, absteniéndonos de agriarlo indebidamente, nos procura su estimacion y afecto; es decir, que con un corto capital, logramos una fuerte ganancia.

Pero como es mas fácil hacer reverencias, que sacrificios; dar buena actitud á la cabeza y al cuerpo, que cultivar los afectos del ánimo; ser profusos en protestas vacias de sentido, que prontos á ejecutarlas; no es extraño que mu-

chos hagan consistir la urbanidad comun en solo los actos exteriores; de suerte que crean que la máscara sea buen remedio para la fealdad porque la esconde algunos momentos. Leyes y reglamentos se dan en muchas partes para ordenar las mas pequeñas acciones, las formulas del discurso, la especie de reverencias y su número, las preguntas y respuestas, los movimientos é inclinaciones que deben hacerse á cada persona y en cada instante del día; con lo cual se priva de un tiempo precioso, que seria mejor empleado en el ejercicio de las virtudes sociales, y evitar que, en vez de personas decorosas y atentas, se las vuelva cómicamente ceremoniosas y ridiculas. En general, la escrupulosa atencion á frusterías, pequeneces y trivialidades, y á los demas actos indiferentes socialmente, comprime el espíritu, ofusca el juicio, y hace olvidar al hombre sus deberes mas esenciales.

Bastará decir dos palabras sobre aquella parte de la urbanidad que se refiere al aseo y compostura de la persona, para recordar los vínculos que la ligan á la moral. Nadie ignora al presente que la limpieza sirve de escudo á la salud, y es capaz de librarnos de mil especies de males. Así, por ejemplo, no se picará tan prontamente la dentadura al que tiene el hábito de lavársela cada mañana; se reprime el desarrollo de muchas enfermedades cutáneas con el uso de lienzo limpio en la cama y en nuestro interior: nose vicia el órgano de la respiracion con el aire infecto de la noche, cuando se tienen las habitaciones secas y limpias de toda suciedad; y en suma, todos los preceptos de la Higiene nos prolongan el bienestar y la vida. Pues bien, la limpieza, conservando nuestras fuerzas físicas, nos habilita para ejecutar los deberes sociales y ser útiles á los demas; mientras que el desaseo, destruyéndolos, vuelve incómoda y gravosa nuestra existencia á la sociedad. Anudando secretamente la idea de la limpieza á la de la salud, se prepara el alma al ejercicio de muchas virtudes; y por esto Cook se persuadia de que el hombre á quien desde temprano se inspiraba el gusto por el aseo, con el tiempo se hacia mas sobrio, mas reglado y mas activo para desempeñar las propias obligaciones. Y realmente, el solo hábito de la limpieza física nos indispono contra el gloton que ensucia el pavimento y las paredes con sus manjares indigestos, ó contra el ebrio que como un animal, yace revuelto en el fango. La sola sociedad de los burdeles y las asquerosas enfermedades que se contraen por quien los frecuenta, pueden bastar muchas veces pa-

ra huirlos con horror; y la atencion á desviar objetos que difunden malos olores, quita del medio muchas ocasiones de litigios, y mantiene la paz entre la vecindad. Difícil es formarse favorable idea de la salud y hábitos sociales de nuestros mayores, cuando se ve repetida en tantos estatutos la órden de tener cerradas las cloacas. La necesidad de recomendar este deber á los habitantes, prueba en ellos la ninguna atencion que ponian á las causas insalubres y su total indiferencia á las incomodidades de otros. Por esto se difundian tan rápidamente las enfermedades contagiosas en los siglos pasados, y los descendidos privados se hacian fatales á toda una nacion.

La filosofia, recomendando la salubridad en los hospitales, la cuarentena en los puertos, la desecacion de los pantanos, la necesidad de alejar los cadáveres de los templos, los arroyales de las ciudades, las fabricas insalubres en los centros poblados, inventando máquinas y métodos para desinfectar el aire de los barcos, cárceles y hospicios, ha logrado libertar á los paises civilizados de la lepra, de la peste y de tantos contagios que tan frecuentes y grandes estragos causaban en tiempos pasados. Ella puede gloriarse de haber mejorado la salubridad pública, destruyendo tantas causas perniciosas y adelantado la moral, obligándose á mirar los males agenos como propios.

Para no dejar incompleto el argumento de este escrito, no se ha descurrido tocar aquella parte de los actos exteriores que mas generalmente incomodan y desagradan; procurando para no recargar demasiado la memoria con el farrago de menudos preceptos, demostrar que la libertad de nuestros actos esternos debe cesar desde el punto en que comienzan á privarnos de la estimacion y afecto de otros. Pero esta es la mas pequeña parte de la presente obrilla, que se dirige principalmente á enmolecer los afectos del ánimo.

Cuanto tiene de fácil reunir materiales para construir un edificio, otro tanto es difícil hacerlo completo, cómodo, seguro, placentero y elegante. Por igual motivo, mientras pululan cada día tantas obras de moral con que se rellenan las librerías, son muy pocas las que no se nos caen de la mano á su primera ó segunda lectura. Acaso el fondo de su asunto no está esclarecido con ninguna idea de órden, de modo que en vano se fatiga la mente del lector para concebir sus parres: acaso las frecuentes repeticiones y la profusion de palabras hacen desagradable y mas evidente la escasez de los

principios; generalmente se nos indica á la naturaleza como absoluta legisladora, sin que se nos explique claramente lo que sea, ó se interpretan caprichosamente sus oráculos. Los lazos que debe imponer la moral á los afectos, indisponen por sí mismos nuestros ánimos, y si una severidad importuna viene á derramar sus espinas, fallece todo deseo de virtud; fuera de que la moral no puede presentar máximas al lector que le estimulen con la apariencia de la novedad.

Por tales consideraciones, se ha procurado amenizar el argumento con algunos trozos históricos, para que el placer de su lectura y la utilidad puesta en evidencia por los hechos, hagan agradables á la juventud las máximas que de ella resultan, y se ligen las unas á los otros en su memoria con los mas estrechos vínculos.

Ademas, presentando los usos de varias naciones relativamente á la urbanidad, se ha pensado dar, por decirlo así, mayor estension al juicio de los jóvenes, y quitarles de la mente la falsa y natural suposicion de que todo el resto del globo se asemeja al pais que habitan, y que ha hecho como un proverbio nuestro vulgar el dicho de que *todo el mundo es Popayan*, ó como en mejor version decia, en Virgilio, Titiro á Melibeo.

Aquella ciudad que Roma es nombrada,  
La juzgáb, yo necio, tal como la nuestra,  
Donde los Pastores tenemos en guarda  
La inocencia pingüe de nuestras corderas.  
.....  
Así á cosas grandes algunos comparan  
Las que son pequeñas y de poca cuenta.

En consecuencia de esta suposicion, los jóvenes difícilmente se pliegan ó ejercen con torpeza aquellas combinaciones sociales diversas de las que les han sido familiares en los primeros años de su vida. Al contrario, cuando conocen los varios usos, hábitos y costumbres de los pueblos, no se hallan tan espuestos á la ridicula presuncion de la ignorancia, á tantas sorpresas estúpidas, ni tan fácilmente se dejan imponer por las apariencias, ni se fatigan en adoptar los modales mas conformes á los gustos de las personas con quienes llevan un trato mas frecuente.

Parece, en efecto, que no se debe enseñar á los jóvenes el esqueleto de esta ó la otra historia, sino el extracto de muchas historias, ó bien la union de muchos hechos análogos, de donde proceden sublimes y luminosos principios, y respaldan sobre una larga série de fenómenos.



## EL SAC.

Cuando estrañeza habrán visto los suscritores masculinos del Liceo, que ni una sola línea nos han merecido hasta la fecha, por lo tocante á modas. Un proceder tan indigno debe haber excitado su justo enojo; mas nosotros que tratamos de cohesionar todos los intereses, vamos á satisfacer una deuda tan sagrada. Hay mas; este artículo no entra en cuenta, y al cabo del mes presentaremos la estampa y descripción correspondientes, sin darnos por entendidos del regalo que ahora hacemos á nuestros barbudos suscritores.

¡Hijos de la generacion floreciente del siglo XIX! ¡Lechuguinos inocentes que pasais los dias de vuestra misión sobre la tierra, arreglándoos el mudo de la corbata! ¡Venid y contemplad el mistico figurin que va á la cabeza de este artículo! ¡Miradle con atencion; su forma os revela una de las invenciones mas profundas del arte *sartórico*, y al mismo tiempo es vuestro simbolo el mas perfecto!

Miradle con atencion,  
Pelmímetros perfumados,  
Y admirad entusiasmados  
Esa sublime invencion.  
Miradle bien la cabeza,  
Y notaréis con asombro  
Que de la frente hasta el hombro  
Todo es borricol flaquesa.

¡Que mala salió esa última redondilla! Lo de *borricol flaquesa*, se conoce que vino á hacer solamente una visita (y muy fuera de lugar) al primer verso que concluye con *cabeza*. Ya se ve, con razon decia el buen Arriaza:

Y si el terceto ha de acabar en *borrice*  
Consonante ha ser *Alonso Ponce*.

Pero dejemos eso y vamos al asunto principal. ¿Veis ese apuesto doncel, que abotonado hasta la nuca, y con el baston metido en la faltriquera á guisa de palo mayor de buque, se pavonea y marcha impertérrito mirando á todos lados y mendigando aplausos? Pues bien; ese... ese es lo que llaman vulgarmente un elegante. ¿Sabéis lo que quiere decir un elegante? Un individuo anfibio en lo moral, una máquina

que solo se mueve por el impulso que recibe de los sastres y peluqueros, un autómatá, m..... ¡Dios ponga fiendo en mis labios! Disimulad mi cólera, lectores míos; el traje que representa esa viñeta, me ha causado un derrame de bilis. Ese traje se llama SAC. Ese traje es el mas desairado, el mas feo, el mas prosaico y el mas caro de cuantos se pueden imaginar. Decidme, ¿qué figura mas triste puede darse que la de un hombre envainado en un *Sac*? En vano se busca en él un talle, un rasgo de la humana naturaleza; todo lo envuelve el *Sac*, con su fatídico capuz.

Ganas me dan de decirle á un pelmetre cuando lo encuentro con esa desgraciada vestidura:

Al, Dandy, Dandy, quod te *Sac* cepit?

Aquí llegaba mi filípica contra los *Sacs* cuando mi mozo me avisó que el diestro sacerdote de la moda, Mr. Cussac, me esperaba en la antecala. Salí á verle, y se entabló entre nosotros el diálogo siguiente.

“Mr. Cussac, ¿qué buenos vientos traen á V. por acá?”

“Vengo á entregarle á V. el *Sac* que me mandó hacer.”

“*Hea pietas, heu prisca fides!* dije para mi cólelo. “Invectivas contra los *Sacs*, ¿adónde habéis volado?”

“Admiré, como era debido, la maestría de Mr. Cussac en el desempeño de la obra que le había encargado, y se despidió.

En la tarde de ese mismo día tenía yo que salir á la calle. Hacía frio y el *Sac*, colgado enfrente de mí, producía en mi mente una sensacion semejante á la que Baltasar debió haber sentido al ver la mano misteriosa que le anunciaba su próximo fin. Vacilé por algun tiempo; mas al fin me decidí, lo tomé, me establecí en él, lo mejor que pude, y marché impávido en medio de los comentarios de cuantos fijaban en mí los ojos.

Entonces me convencí de la exactitud con que había dicho el otro:

“*Uideo meliora proboque, deteriora sequor.*”  
VV. disimulen el mucho latin.—АШМОРО:

# ARQUEOLOGIA MEXICANA.

Por el favor de uno de nuestros colaboradores hemos tenido el placer de leer la preciosa obra que acaba de publicar, el año pasado de 43, Mr. John Stephens, con el título de „*Incidents of travel in Yucatan*” 2 tomos 4.º, con ciento veintidobados.

Este célebre escritor, autor de otras dos obras, „*Relacion de un viaje á Egipto, Arabia Petrea y la Tierra Santa*” y „*Relacion de un viaje á Centro-América, Chiapas y Yucatan*” (aunque de este último departamento no habla con la estension que lo hace en la obra que tenemos á la vista), este escritor, digo, es el viajero que ha hecho observaciones mas interesantes sobre las antigüedades que tanto abundan en Yucatán.

Mr. Stephens pertenece al catálogo de los viajeros juiciosos y sensatos, que se hacen estimar de cuantos leen sus viages. Muy al contrario del petulante Waldeck, á quien refuta en varios lugares de su obra, Mr. Stephens muestra en toda ella que posee en sumo grado la modestia, esa preciosa virtud, uno de los caracteres propios únicamente del verdadero sabio: en toda la obra no se encuentra una sola expresion que redunde en alabanza de nuestro ilustre viajero. La gloria, ese fanal de las almas grandes, el adelantamiento de la arqueologia, ciencia que se conoce que ha sido siempre la pasion favorita de nuestro autor, la confirmacion de las opiniones de los escritores de nuestra historia antigua: he aquí el objeto que parece haberse propuesto Mr. Stephens al escribir su „*Relacion de un viaje á Yucatan*.”

Aménzada con descripciones pintorescas, desnuda de términos técnicos, y acompañada de observaciones científicas muy curiosas, la obra se lee con sumo agrado; y buscando en su lectura solamente un rato de disipacion, se adquiere insensiblemente una regular instruccion sobre la arqueologia de nuestro pais, y se admiran las grandes obras de nuestros antiguos progenitores, tan dignamente elogiados por sus historiadores.

Mr. Stephens ha visitado en Yucatan ruinas de palacios en nada inferiores á los justamente celebrados del Palenque; ha hecho observa-

TOM. I.

ciones sobre las bellezas y defectos de su arquitectura, y sobre el uso á que se sabe, ó se supone, se consagraban estos soberbios edificios; ha encontrado en ellos varios ídolos y figuras humanas colosales, algunas que pueden presentarse como modelos de escultura; ha descubierto, en algunas escavaciones que ha practicado, vasos esculpidos en sus superficies interior y exterior con equisitos primor; ha admirado las inmensas cavernas artificiales para la custodia de viveres, los depósitos de aguas, y otras obras destinadas para el mejor régimen económico de los antiguos habitantes de aquellos lugares (1).

Por no hacer largo este artículo, pues estamos convencidos de que no es muy general el gusto por las antigüedades, y por lo que decimos en la nota anterior, nos contentaremos con referir sucintamente la descripción de dos de los principales edificios de que Mr. Stephens habla en su *Viaje*.

El primero, cuyo grabado acompaña este artículo, ha recibido, posteriormente á la época de la conquista, el nombre de *Casa de las Monjas*. Hemos preferido este grabado á todos los demas de la obra de Mr. Stephens, por ser en el que está mejor marcado el hermosísimo realizado de las piedras que forman las paredes de la fachada, cuyo realizado se halla frecuentemente en aquellos edificios antiguos. El de que hablamos se encuentra en un lugar llamado *Chichen*, cerca de Valladolid.

La fachada que presenta la lámina está formada de piedra muy dura, toda labrada en su superficie con el hermosísimo realizado que presenta el dibujo. Sus dimensiones son: 25 pies de altura y 35 de anchura. Sobre la puerta se hallan seis adornos, que en el grabado no se ve exactamente su figura, por estar de frente, pero que tienen la de una trompa de elefante;

(1) Sabemos que la obra á que se refiere este artículo, se está traduciendo del inglés al español en Yucatan, y que se trata de imprimir y vender por suscripción. Por nuestra parte ofrecemos á los empresarios de tan laudable proyecto, remitimos un regular número de suscritores.—RR.

igual á la que verán nuestros lectores en el edificio que está en la lámina á la derecha, á la mitad de su altura. Al hablar Mr. Stephens de otro edificio que tiene también este ornamento, dice que sus arquitectos indudablemente no se propusieron imitar la trompa de dicho animal, pues jamás lo conocieron; pero no se podría decir más bien, que esto puede servir de conjetura para creer que estos arquitectos descendían (según han opinado muchos sabios) de los antiguos Egipcios, tan afectos á colocar el elefante en muchos de sus edificios? El de que vamos hablando, descansa sobre una plataforma ó terraplen de 32 pies de altura; y tiene para subir á él una suntuosa escalera de piedra, formada en el terraplen.

El segundo edificio de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, es el magnífico palacio llamado vulgarmente *Casa del Gobernador*, y que está situado en *Uxmal* á algunas leguas de Mérida. A pesar de haber morado muchos días en las ruinas de este palacio Mr. Stephens, dice que cada día encontraba en él muchas cosas dignas de admirarse: nada tiene que envidiar al mas suntuoso de los del Palenque (1).

La fachada de la *Casa del Gobernador* presenta una estension de 322 pies, descansando todo el edificio sobre tres magníficos terraplenes. Está formada toda la obra de piedra durísima, y exquisitamente labrada. La pared, hasta la altura de las cornisas que hay inmediatamente sobre las puertas, presenta una superficie tersa, teniendo indicadas, como en nuestras obras de cantería, las juntas de las losas que la forman. Desde esta cornisa al techo hay un hermosísimo arabesco realizado, de un gusto delicado, y de sumo trabajo. Las puertas que ahora se ven son once, pues hay dos arruinadas; pero en 1825 permanecían aun las trece puertas de la fachada. Sobre cada una de ellas se encuentra un hermoso ornamento labrado de la misma piedra del edificio. Representa á un personaje distinguido, colocado en un trono; y sobre su cabeza varios caracteres geográficos. Mr. Stephens cree que estas figuras, que son todas diversas, representan á un cacique, á un sabio, á un guerrero, á un profeta, á

(1) Con el mas vivo sentimiento prescindimos de dar el grabado que representa este edificio; pero como en la obra de Mr. Stephens es muy grande esta lámina, sería preciso que la nuestra fuese cuatro ó cinco veces menor: lo que ocasionaria el no poder marcar el realizado de las paredes de esta hermosa fachada, y que por lo mismo no produjera la línea necesaria.—RR.

un sacerdote etc. que se distinguían en aquel tiempo, ó tal vez personajes históricos; y los caracteres acaso espresan la época de la construcción del edificio, y los nombres de los que cooperaron á ella. Toda la pared en la parte superior, como ya hemos dicho, presenta dibujos realizados muy curiosos, y que nuestro viajero opina que tal vez todos son geroglíficos que designan varios hechos, que serían de una grande importancia para la historia, si se llegaran á descifrar. Por sus dos costados el edificio tiene una estension de treinta y nueve pies cada uno, y solamente una puerta; y el realizado de la fachada los adorna, pues circunda las cuatro paredes del edificio; aunque el ornamento que se halla sobre las puertas del costado y las dos del respaldo, no es de tanto mérito como el que según hemos descrito, se encuentra sobre las de la fachada. El techo del palacio es plano y cubierto de una mezcla muy consistente, que casi ha desaparecido, y hoy está sembrado de plantas silvestres, como sucede con todas aquellas ruinas, que se hallan enteramente abandonadas.

El interior de la obra está dividido por el medio, con una gruesa pared que recorre toda la estension del edificio; y por otras paredes que forman las diversas salas que lo componen; todas distribuidas con mucha simetría. Dos de estas salas que se hallan en el medio, una en la parte anterior, y otra en la posterior, y que se comunican por una puerta, que es precisamente el punto céntrico del edificio, tienen cada una 60 pies de largo; y la que está en la parte anterior tiene tres de las puertas que presenta la fachada.

En uno de estos aposentos, Mr. Stephens descubrió una cosa muy curiosa, una viga (madera de zapote) preciosamente esculpida con geroglíficos; hallazgo que le dió á conocer los adelantamientos de los antiguos habitantes de aquellos lugares en el arte de labrar la madera.

La *Casa del Gobernador* descansa toda sobre tres magníficos terraplenes ó plataformas artificiales, con sus correspondientes escaleras. El primero, ó inferior, presenta una longitud de 575 pies; su altura 3 pies, y su estension, desde el borde del último escalon hasta el primero del intermedio, 15. El segundo, ó intermedio, tiene de largo 545 pies; de altura 20, y 250 de estension en el mismo sentido que el anterior presenta 15. El tercero, sobre el que descansa el palacio, presenta al frente 360 pies; de altura 19; y su estension, hasta encontrarse con el edificio, 30.

FRANCISCO DIEZ DE BONILLA.

## FUERA COMPLIMENTOS.

Compliment, das Gegenheil  
Von dem, was man denkt.  
Cumplimientos; frases que ordinariamente  
indican lo contrario de aquello que se piensa.

P. A. HEINER.

Con ciertamente muy extravagantes y grotescos algunos de los diversos modos de saludar y manifestarse recíproca estimación, que están en uso en diferentes naciones, sobre todo, en aquellas que aun no llegan á cierto grado de civilización y de cultura. ¿Quién podrá contener la risa al saber, por ejemplo, que los Japoneses se descalzan en señal de respeto cuando se saludan? Y no es en verdad menos extraño el saludo de los Arabes Beduinos, quienes es fama que descargan sus trabucos, de tal suerte que pasan las balas silbando por las orejas de aquellos á quienes tratan de dar el bien venido; pero el uso que en mi sentir se lleva la palma de la originalidad, es el que algunos viajeros atribuyen á los naturales de cierto pueblo de Asia, cuyo nombre no puedo ahora recordar. Es el caso que estos dromedarios, tan luego como se avistan, se abalanzan alineadamente uno sobre otro, y cogiéndose de entrambas manos, hácense mutuamente en ellas con las uñas una buena incision, para tener en seguida el incoñitismo placer de extraerse con la boca una poca de sangre, gusto á la verdad muy bellaco.

Cierto que para hacer menos dolorosa tan cortésana operación, debemos suponer tienen las uñas un tanto afiladas y dispuestas de antemano al efecto; y ¿quién quita que las gasten tan perifrasedas y puntiagudas como las llevan en el día los elegantes, puesto que son para ellos un apéndice de tanta utilidad? No fallará quien haga alto en esto, y pregunte pasmado: ¿pues qué, hasta á las uñas se estiende hoy día el absoluto imperio de la moda? ¿No basta ya tenerlas cortas y asendadas? A esto pudiera contestarse que tan lejos está de ser así, que si alguien quiere pasar por hombre verdaderamente regenerado y culto, debe dejarse crecer las uñas un par de meses cuando menos, para hacerlas susceptibles de formar los conchabidos garfios ó tranchetes, que según son de largos y afilados, debieran incluirse ya entre

las armas innobes y prohibidas. Pues estos pujavantes, reunidos á las barbas á la *Jeune France*, que yo denominaría mas bien á la Robinson Crusoe, ó á la Gestas, y no olvidando las gudejas en forma de asa de línea, constituyen al verdadero elegante de estos tiempos, que viene á ser en su último sentido, una caricatura harón ridícula de un caballero de la edad media, pues aquí para nosotros mal se avienen esos rostros selváticos de antaño, y esas garras de animal crudívoro, con la creencia partida, los modales afeminados y los cuerpecitos raquíticos de los mozalbetes de ogafio.

Y esto lo digo, aunque no es muy del intento, porque ademas de que como dice Mora:

„Las digresiones dan muy buenos ratos.“

yo tengo ya en mis manos un par de hondos rasguños contra todo derecho recibidos, puesto que fué sin previa declaración de guerra, y antes bien en señal de paz y concordia, al estrecharme la mano alguno de estos puntiaguados figrines; pero eucarguémonos de las salutaciones y cumplidos. En los pueblos modernos y al mismo tiempo cultos, no se advierte casi ninguna diferencia en cuanto al modo de saludar que acostumbra la gente bien nacida; conviene, sin embargo, todo el mundo en que la nación inglesa es la mas concisa y la menos ceremoniosa en este punto. Los Españoles, de quienes hemos heredado la mayor parte de nuestras costumbres y hábitos sociales, aunque nada sobrios en materia de cumplidos, nos hacen empero una ventaja enorme á los Mexicanos; ¡mas qué tiene esto de extraño, si cuando un par de nosotros se pone á cumplimentarse y decirse vocablos mellifluis á los extranjeros, y con particularidad los nevados Britanos que son el reverso de la medalla, no pueden menos de quedar abismados al ver muestras profundas reverencias, y oír el empalagoso revoltillo de preguntas y respuestas, que jamás deja de ha-

cerse, y que ellos creen no puede ser otra cosa que una larga letanía?

Hablando francamente, y sin que por ello se imagine que es mi ánimo censurar una de las mas bellas cualidades de nuestros compatriotas, es decir, la dulzura de su trato, parece sobremanera ridículo, que cuando dos personas desean informarse mutuamente del estado que guarda su salud, se anden, como suele decirse, por las ramas, y se hagan un interrogatorio tan prolongado é impertinente, y que tanto tiempo roba á la conversacion sensata y amenaza de que pudiera gozarse. Digaseme si no, ¿á qué viene la mayor parte de aquellas frases de todo punto sinóimias, y que juntas forman una conjugacion por tiempos, números y personas de los miseros verbos que se cogen á cargo? No parece sino que tratan de aturrullarse uno al otro los interlocutores.

Como siempre se reserva el buen vino para el postre, entonces es cuando mas esmero ponen los que quieren pasar por muy corteses. Así, ni mas ni ménos se despidió el otro día D. Saturnino de su antiquísimo amigo D. Cleófas. «Señor D. Cleófas, mucho me alegro de ver á V. sin la menor novedad, celebraré infinito se mantenga V. tan famoso, que la gota vaya á ménos, el apetito á mas, y el lobanillo no crezca, etc., etc., etc.; y por aquí se fué el bueno de D. Saturnino, como punto en media, y nos tuvieron en pié, á cuantos estábamos en la casa donde esto pasó, un cuarto de hora por lo bajo, todo porque D. Cleófas no quiso quedar á deber ni una sílaba á su infatigable réplica.

Nada he dicho hasta ahora tocante á la notoria cuanto lamentada prolijidad de nuestro bello sexo en tales ocasiones, porque si entra ahora en materia, tengo por infalible que los lectores, y sobre todo, las lectoras, se despidirian de mí á la francesa, y quizá para siempre: por eso me adelanto á decirles lacónicamente—Guardeos Dios.

MAZA-ESPIÑA Y BIEN-PICA.



CALCULO CURIOSÍSIMO.

La época de la caída de Robespierre es 1794. Súmese este número consigo mismo del modo siguiente:

1794	
1794	1794
-----	
Suma.....	4815

Resulta 4815, año en que fué arruinado Na-

polcon. Súmese este número lo mismo que el anterior.

4815	
4815	4815
-----	
Suma.....	14830

El año de 1830 cayeron los Borbones con Carlos X.

LIMON RARO.

Un misionero frances dice haber visto en China un naranjo que produce limones con la figura exacta de la mano de un hombre, cerrada, con los dedos perfectamente marcados.

ANA EN VENTA.

Un predicador, queriendo adisuar á las muchachas de que se asomaran mucho al balcon, les dijo: «Hijas mías, ¿sabeis lo que quiere decir ventana? Pues reflexionado bien, y desconfiareis Ana en venta.»

ASCENSION SUSPENSIVA.

Aun conservamos boletos de una ascension aerostática que nos debe, hace muchos meses, el pretendido aeronauta Carrillo. Quisiéramos saber si nos la ha de pagar, ó nos la queda á deber.

ENIGMA.

El que me nombra, me rompe. Curioso enigma que espresa al *Silencio*.

BURROS.

Forcejeaba un fornido vizcaino con un fuerte borrico, y viendo que resistia mucho este animal, le dijo: «Pues nó; en talento me ganarás, pero en fuerza nó.—Por una calle de cierta ciudad pasaba un asno con la cabeza agobiada y las orejas muy colgadas: al verlo tan triste un filósofo, exclamó: “No hay remedio; este burro es *casado*.”»

TEJIDO MEXICANO.

Un naturalista frances refiere lo siguiente. Existe en ciertos pueblos cerca de México una araña que llaman *Atocalt*, que forma, con hilos rojos, amarillos y negros, un tejido tan hermoso, que no se causa la vista de admirar una obra tan encantadora.

# BUSCA-PIES.

No hay que ofenderse. Yo hablo  
Con todos y con ninguno.

„MARCELA” última escena.

D. Mónico. —¿Sabes, lector mio, quien es aquel jóven con su magnífico frac-Van-Gool, su precioso pantalon-Cussac y su lustroso sombrero-Fernández, que corre tras aquel ministro á tres pasos de distancia? Pues es D. Mónico Flatteur, que hace seis meses vivia en un cuarto bajo, en medio de la mas abyecta miseria. Antes de ayer le decia yo: Amigo, V. está en grande con el ministro.—*¡Ah! si como yo le sé el modito, me contestó, me voy viejo con él.* ¿De-seas saber, lector, cual es la ciencia del modito? Pues es sufrir los malos ratos del amo, dejarse llamar *bestia*, *cuadrúpedo* cuando no se ejecutan á toda su satisfaccion sus órdenes, aguantar le eche á uno las puertas en la cara cuando está de mal humor (lo que no es raro) y no quiere hablar con nadie; es reirse de sus chistes, por mas chocarrosos que sean, y acceder á cuanto Su Merced quiera, aunque vaya de por medio el honor, el decoro y la educacion del miserable paniaguado. ¡Ah! si á tan infame precio se compra ese oropel que reluce en los adaladores, prefiero mil veces la miseria á tener que abatirme, á guisa de reptil, á soplar el polvo de las botas á un hombre, acaso mas despreciable que yo. No envitidemos á ciegas la prosperidad; á veces cuesta sacrificios *cien veces* mayores que los placeres que procura: no olvidemos un momento que la carátula de la sociedad, es semejante al parte de un general vencedor; referirá en él todos sus triunfos y el pingüe botín adquirido, pero confesará el número exacto de los muertos con que compró la victoria?

Lola. —¿Veis á aquella muchacha hermosa, jovial, que en el teatro repasa en seis segundos los palcos, y ya tiene mucho que cortar con sus tijeras, que en la iglesia está muy atenta al tremendo sacrificio (no por virtud, sino por presentarse interesante á los que ella cree sus adoradores), y en un baile se vé rodeada de doce ó catorce jóvenes, que se disputan el próximo

walt como si fuera el *tolson de oro*? Pues es una infame coqueta que sacrificó al desgraciado Marcial, con cuya mano hubiera sido muy feliz, y le dió calabazas porque decia que era demasiado virtuoso para marido; hoy es la befa de la sociedad sensata, y solo se vé reducida á ser la muñeca de lechuginos fatuos, que fraudulentamente la cortejan; pero que cuando se separan de ella la censuran atrocemente.

Todos ménos.—Preguntad á D. Giotin, grande economista, con qué letras se escribe Say, y os responderá que, como ha oido decir que es autor de sermones, nunca lo ha leído. Felicidad á Sambumbio, porque ha llegado á ser ministro de Estado, y os contestará que el gobierno atendió á sus méritos, pues en diez y nueve años (*ejercitando su letra*) ha prestado grandes servicios en las principales oficinas de la nacion. Ponderad al general Nones todas sus victorias; decidle que es un *segundo Napoleón*; y aunque estoy cierto que es tal que el emperador de los franceses no le hubiera confiado una guerrilla, é quedará tan satisfecho que os..... conseguirá un par de charreteras de capitán.

Se detestan.—Dos clases de la sociedad mexicana que siempre se están echando en cara mutuamente las desgracias de nuestro pais, son los militares y los abogados. Los primeros llaman á los segundos *sansculotes*, y estos á su vez á aquellos, partidarios de la tiranía; para los primeros no hay un abogado que no sea amante del desórden, para los segundos no hay un militar morigerado, de honor, y que no propenda á ascender por cualesquiera medios. Pero todo esto no es mas que un juego de palabras. La cuestion filosofica es esta: ¿cuál de las dos clases se halla armada de mas luces, y abusará ménos del poder? Resúlvase, lévese á efecto la decision, y cesarán nuestros males.

FÓSFOROS—CERILLOS.

# EL SUEÑO DE EGIRA.

A LA SEÑORITA DOÑA PERFECTA VAZQUEZ DE LARIOS.

Tiendes aun no las alas abrasadas,  
Y ya vuelan al suelo desmayadas:  
Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida,  
Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
Muestra tu nacimiento, ó muerte llora.

Rioja.—Silva.—A la rosa.

A la primer sonrisa de la aurora,  
En las alas del viento arrebatadas,  
Subir se vieron las arceas hadas  
Que del lecho de tímidas doncellas  
Cuyo sueño velaron con su manto,  
Se elevan á habitar en las estrellas  
Embelesando al mundo con su canto.  
Y al tocar con su frente el firmamento,  
Volvieron á la tierra su mirada,  
Y de su labio de coral, su aliento  
Se desprendió, cual niebla delicada  
Que empapa de las flores el aroma,  
Y en la mitad del insondable espacio  
Convirtiéndose en la cándida paloma,  
Que al contemplarla embebecido el hombre,  
Egira en su embriaguez le dió por nombre.

Egira así nació, y al verse sola,  
Huérfana en el espacio, hacia el Carmelo  
Tendió su blando y vagaroso vuelo,  
Y allí plegó sus misteriosas alas;  
Y con arrullo lánguido y sensible  
Inclinó allí su alabastrina frente,  
Como el lirio su pétalo fescible  
Sobre el cristal de la mullida fuente.

De allí la vieron sobre espigas de oro,  
Mecerse muelle en la llanura estonosa  
Los pastores que al borde de los ríos  
Acompañados de rabel sonoro,  
Cantan de amor los dulces devarios;  
Y al mirarla tan cándida, tan pura,  
Volar de caña en caña, se postaron;  
Y olvidando sus cantos de ternura,  
La bella de las bellas la aclamaron.

Es Egira la anémona divina  
Que sus galas ostenta en los jardines,  
Que embellicen la ardiente Palestina,  
La joya mas preciada en los festines,  
Envidia de las vírgenes del Sinai,  
De Sion y del Líbano y de Tiro:  
Por escuchar su lánguido suspiro  
Diera el sultan su damasquino alfango,  
Por levantar su transparente velo  
Y contemplar á su placer sus gracias,  
Diera el turbante y se inclinara al suelo;  
Y por dejar en su divina frente  
La huella de sus labios, al cristiano  
La mitad de sus reinos del Oriente  
Sin vacilar un punto diera ufano.  
„Bella es Egira,” las doncellas dicen,  
Y en su rostro se pinta la tristeza,  
Porque ven que su cética belleza  
Rinde á su amor á los donceles bellos  
Que ántes el llanto del dolor secaban  
Con sus blondos y trémulos cabellos  
Que las brisas amantes agitaban.  
„Es hermosa,” dijeron, las sultanas  
Allá en el Cairo que fecunda el Nilo,  
Reclinadas en muelles otomanas  
En los retretes del haren tranquilo;  
Respirando el perfume que se eleva  
Del fino pebetero al áureo lecho,  
Y escuchando el acento de la lira  
Que entre los bosques de jazmin suspira,  
Sin estrechar jamas contra su pecho  
Sino al amor que ante sus ojos gira.  
„Hermosa, repitieron, ” y en su rostro,  
Sus alas el dolor tendió importuno,  
Y por la vez primera en su pestaña

Se vió vibrar la lágrima que empaña  
La pupila ardorosa, cual diamante  
Que embulido en el ébano de Etiopia  
Lanza en régio salon, su luz brillante.

Grande fué la afliccion, mudo fué el duelo,  
Entre las reinas del haren felice;  
Las contempla el sultan, y el sultan dice:  
„Venga á mí haren la virgen del Carmelo.”

Con los placeres del amor primero,  
Egira se embriagaba,  
Y al lado ya de indómito guerrero  
Su corazón sencillo palpaba;

Su labio contra el labio del amante  
Lánguido se embebía,  
Cuando aquel en su seno, delirante  
De ventura y de amor, sueños dormía....

Mas al acento del sultan potente  
Ella bajó su velo,  
Y suspirando contempló doliente  
Por vez postrera al colosal Carmelo:

Dijo ¡adios! á los valles que abrigaron  
Su infancia lisongera,  
A las selvas que mudas escucharon  
La dulce voz de su pasión primera;

Y al serrallo del Cairo conducida  
La virgen del desierto,  
Del santuario do el deleite anida  
Penetró en el umbral con paso incierto.

Las sultanas la vieron y lanzaron  
Tristísimo gemido;  
Y del sultan los ojos se embriagaron  
Siguiendo á la paloma al áureo nido.

Allí Egira lloró, por su megilla  
Corrió lágrima hermosa.  
Como la gota de agua sin manchilla  
Por el pétalo suave de la rosa.

Hurí del paraíso, entre las nubes  
Del incienso que ardía,  
Ella durmió, cual duermen los querubens  
En los celages al morir el día....

Blando es el lecho en que reposa Egira,  
La Virgen del Carmelo;  
Dulce el aroma que en su sueño aspira,  
Que es el perfume que embalsama el cielo.

En el oriental salon  
Penetra el sultan amante  
Con febril agitacion,  
Y con tierno corazón  
Dentro el pecho palpitante.  
De sus ojos la pupila  
Lánguida de amor cintila,  
Y en su labio tembloroso  
Lúbrico placer destila  
El deleite silencioso.

Entre tul de Cachemira  
Y entre nubes de violeta,  
De la virginal Egira,  
Ebrío los encantos mira  
Que extasiaran al Profeta;  
E inclinándose hasta el suelo,  
Dobla incierto la rodilla,  
Respetando el frágil velo  
De la tímida avecilla  
Que volara del Carmelo.

La virgen duerme, y el amor risueño  
Guarda á su lado su apacible sueño,  
Como en su cuna el maternal cariño  
El sueño de oro del gracioso niño;  
Y en el mármoleo lecho  
Desnudos se descubren de la hermosa  
El blanco rostro y el turgente pecho  
De la cera á la luz voluptuosa.

Como inmóvil nevado que en la tarde  
El moribundo sol que en su ocaso arde,  
Baña con su mirada misteriosa,  
Y tñe de color de ópalo y rosa,  
De la dormida maga  
Mira el sultan los mórvidos hechizos,  
De su cabello que ondulante vaga  
Un tanto ocultos por los blondos rizos.

Contempla inmóvil su cerulea ceja  
Inmóvil su pestaña que semeja,  
Dando su sombra al párpado suave,  
A las alas tendidas de algun ave  
Sobre el tranquilo rio  
Que á la luz de la luna que fulgura  
En noche calurosa del estío  
Manso entre el loto y el sauz murmura.

Embebecido, delirante, ciego,  
Y consumido por oculto fuego,  
Va á imprimir en su seno delicado,  
Un beso de deleites empapado,

Un beso mas arliente  
Que el que diera Abelardo á su Eloisa,  
Cuando apurara del amor la fuente  
De su amada en la lúbrica sonrisa...

Mas á turbar su sueño no se atreve,  
Y se detiene al movimiento leve  
De la casta doncella que suspira,  
Y sus megallas encenderse mira,  
Su cabello agitarse,  
Agitarse su morbida garganta,  
Bajar rápido el seno y elevarse,  
Como el pecho del cisne, cuando canta.

Ve que mueve su lábio, oye que dice  
Con apagada voz: »Yo... era... felice,  
Cuando... á... tu lado... mi doncel... estaba,  
Porque... yo... á ti, como á... mi Dios amaba...  
Mas hora mis caricias...  
Otro... recibirá... Ven... mi... que... rido  
Dulces... me... son conti... golas... de... licias,  
Volemos... del... Carmelo... á... nuestro nido."

Y la escucha el sultan, llanto copioso  
Ve que inunda su rostro candoroso  
Al recordar en el feliz ensueño  
La imagen cara del perdido dueño:  
En zelos se convierte,  
El tierno amor, y en su furor esclama,  
„Antes irás en brazos de la muerte,  
Que en los odiados del rival que te ama."

Y sacando el acero reluciente  
Un beso imprime en su ardorosa frente;  
Separando frenético el cabello,  
Le hunde el puñal en el ebúrneo cuello;  
Y presuroso sale  
De aquel salon do entrara embecedido,  
Antes que Egira moribunda exhale  
Bañada en sangre su postrer gemido.

La virgen espiró, y una paloma  
A la hora dulce en que la aurora asoma,  
Se vió subir en alas de las hadas  
Que del lecho de tímidas doncellas  
Cuyo sueño velaron con su manto,  
Se elevan á habitar en las estrellas  
Embelesando al mundo con su canto.  
México enero 31 de 1844.

RAMON I. ALCARAZ.

### A M....

Pura y brillante cual la excelsa estrella  
Que á los reyes de Oriente conlucia,  
Ante el trono de Dios, amada mía,  
Postrado de rodillas te miré.

A mis ojos entonces pareciste  
Virgen del paraíso, casta y pura,  
Y al mirar tu modestia y tu hermosura  
Transportado al Empíreo me juzgare.

En el templo de Dios, en donde solo  
La paz del alma y la inocencia brilla,  
Tu corazón sin crimen, sin manchilla,  
Al Señor de los hombres adoré.

Y ese Señor que el criminal insulta,  
De gracias siempre y de bendiciones lleno,  
A tu sencillez y candoroso seno  
De gloria circundado sendo.

Y mi vista aparté, mi amor, sacrilego  
En tan solemne instante lo juzgaba,  
Solo digna de Dios te contemplaba,  
Digna de las delicias del Eden.  
En éxtasis de amor embecido  
De gozo celestial mi mente ardía  
Y la aureola de los justos vía  
Coronando tu pura y blanca sien.

De ti en torno volando mil querubos  
Aspiraban tu aliento sacrosanto,  
Y el ángel de las vírgenes su manto  
Sobre tu espalda morbida tendió.  
Te ví, te amé; pero mi amor entonces  
Era el amor con que seadora al justo  
Que en ese instante religioso, augusto,  
En ti mi corazón á Dios amo.

Que en ti moraba el Hacedor eterno,  
Y era tu pecho el trono misterioso  
Do se asentó clemente y bondadoso,  
Para regir de allí tu corazón.

Tal vez allí te ordena que no me ames,  
Cúmplase, pues, su voluntad sagrada;  
Mas ríeale, muger idolatrada,  
Que mi pena consuele y mi aflicción.—F. G.

#### LA MUGER.

Preguntaba madama Staël á Napoleón, ¿cuál le parecía la primera muger en la sociedad? y el Emperador contestó: «la que dé mas hijos á la patria.»—Se consultaba á un filósofo, ¿que muger se debía escoger para esposa? y resolvió: «la que sepa hacer mejor una camisa.»

## CALOR ANIMAL.

Se dá el nombre de calor animal, á este fluido que se produce dentro del hombre y de los demas animales, sin que á su producción contribuya ninguna causa exterior capaz de producirlo. Al tocar este punto de fisiología, que es la ciencia que trata de las funciones de la vida en el estado de salud, se debe entrar en varias consideraciones, y una de ellas es la investigación de la fuente que lo produce en el animal, atendida la cual, deberá pasarse á otras de no ménos importancia.

Los antiguos colocaban la fuente del calor animal en el corazón, y á mi ver previeron, si no acertaron á darle, como despues veremos, el lugar que le han asignado los fisiólogos modernos. Descartes, para explicar su opinión, decia que en este órgano (el corazón) la sangre entraba en ebullicion, de cuya ebullicion resultaba el calor que era comunicado por la circulacion á las demas partes del cuerpo. Van-Helmont Vieussens, Borelli y otros, creian tambien en una efervescencia ó fermentacion de la sangre, y aun en un espíritu igeo que se desprendia á causa de los movimientos del corazón: he aqui las opiniones de los antiguos, que no curándose, ó curándose muy poco de la esperiencia, se entregaban confiados á las hipótesis que la agudeza mayor ó menor de su ingenio les sugeria, como tenemos otra prueba á mas de esta, en las mil hipótesis que sobre la digestion formaron, y que solo las inmortales esperiencias de Spallanzani, bastaron á derribar.

Véamos ahora cuales son las opiniones que los fisiólogos modernos han formado, sin separarse un puño de la esperiencia, mas filósofos en esto ciertamente, que los antiguos que llevaban este nombre, pues han logrado encontrar la verdadera fuente de donde deben sacarse los conocimientos físicos. Al ver estos, como los antiguos, que solo los cuerpos organizados son los únicos que se resisten á equilibrar su temperatura con la de los cuerpos que los rodean, propiedad indispensable en todo cuerpo inerte, imaginaron luego que los primeros debian de tener dentro de si mismos una fuente de donde emanase aquel calor, que distribuándose por todo el cuerpo, les comunicaba esa propiedad que antes mencionamos. ¿Cuál

es esa fuente? se preguntaron; y estudiando á los antiguos, convinieron con ellos en que la sangre era sin duda el cuerpo que recibiendo inmediatamente el calor, estaba destinado á comunicarlo á los otros órganos, por ser el único fluido que en su circulacion pasa por todos ellos; mas poco conformes con los mismos antiguos en las hipótesis, y poca amantes de las ebulliciones, efervescencias y espíritus igeos, imaginaron que en la respiracion, en ese acto importantísimo de la vida, por tantos respectos debia de residir esa fuente que los antiguos colocaban en el corazón, é infatigables en la esperiencia, lograron confirmar hasta la evidencia su teoria.

En la respiracion, que no es otra cosa que la transformacion de la sangre venosa en sangre arterial (1), se verifican varios fenómenos: hay precisamente absorcion del oxígeno del aire, combinacion de este con el carbono de la sangre, desprendimiento de ácido carbónico y de azúcto. Ahora bien, sea como unos quieren que el oxígeno esté destinado para la combustion del carbono de la sangre, sea como otros opinan que el oxígeno pase á las venas pulmonares, y se combine directamente con la sangre, siempre hay un resultado que en ambas cosas viene á ser el mismo, y es la produccion de nuevo calor, y aumento por consiguiente de la temperatura que antes de su transformacion tenia la sangre; pues si consideramos el primer caso, debe haber esta produccion de calor, por ser una combinacion química, y estar probado que en toda combinacion química la hay; y si el segundo, habrá esta misma produccion, porque entónces el oxígeno está en contacto con el carbono de la sangre, y siempre que el oxígeno está en contacto con un cuerpo combus-

(1) La sangre es conducida de la circunferencia del cuerpo al corazón por las venas, y en este tránsito conserva ciertos caracteres que son los que constituyen la sangre venosa; al llegar al corazón, pasa por una vena al pulmón en donde se verifica el acto de la respiracion, y transformada ya en sangre arterial con distintos caracteres de las de la venosa, como son la diferencia de temperatura, calor, &c., vuelve al corazón, de aquí á las arterias, y de estas al resto del cuerpo.

tible, como lo es el carbono, hay aumento de temperatura. Así lo prueban las numerosas experiencias que sobre la sangre arterial se han hecho, y en la que, entre las diversas transformaciones físicas que se han observado, una de ellas ha sido el aumento de temperatura, pues es en esta un grado mas elevada que en la sangre venosa. Con estos datos ¿se vacilará todavía en creer que la respiración es la fuente principal de donde proviene el calor animal?

Otras muchas experiencias se han hecho para confirmar mas y mas esta opinión; y las de Lavoiser y de Laplace, como refiere Mr. de Magendie, hacen creer que la producción del calor es debida, no al contacto del oxígeno con el carbono de la sangre, despues de que ya aquel ha pasado á las venas pulmonares, sino á la combinación del oxígeno con el carbono, de la cual resulta el desprendimiento del ácido carbónico, pues habiendo colocado algunos animales en calorímetros (1), comparado la cantidad de ácido formado por la respiración, con la cantidad de calor producido en un tiempo dado, resultó, que con poca diferencia, el calor producido era precisamente el que habia resultado de la cantidad de ácido carbónico formado.

Las experiencias de M. M. Brodie, Thillage y Legallois, son un apoyo mas de cuanto hemos espuesto, pues de ellas resulta, que á medida de que la respiración es mas fatigosa, baja mas la temperatura; y á mas de esto, puede sacarse otra deducción de ellas, y es, que la cantidad de calor producida, está en razon directa de la cantidad de ácido carbónico desprendida, pues los mismos experimentadores observaron que bajando la temperatura, disminuía la cantidad de ácido.

Para probar esto no tenemos experiencias directas; mas si tenemos suposiciones demasiado fundadas para que dejen de admitirse: se ha supuesto que el resto es debido á la acción de los nervios, á la circulación de la sangre y á la nutrición de los órganos: la primera obra estimulando los órganos por el agente inervador; mas como hasta ahora es casi desconocido el modo de obrar del sistema nervioso, no nos será facil presentar alguna prueba en confirmación de lo que hemos dicho; no obstante esto, la frialdad de los miembros en las parálisis, nos parece que alega algo en favor de lo que hemos asegurado. Menos difícil nos parece demostrar la parte que la circulación y

(1) Instrumento destinado para determinar la cantidad de calor especial de todos los cuerpos.

la nutrición toman en la producción del calor animal. La primera de estas es indudable que obra repartiendo en todos los órganos y en todos los tejidos el fluido, cuya temperatura aumentó un grado en el acto de la respiración, y contribuyendo á desarrollar un poco mas de calor, en virtud de los roces que experimenta contra las paredes de los vasos, por donde pasa. Si se pregunta ahora, por qué sucede esto, nos parece que será fácil explicarlo llamando la atención á lo que diariamente observamos; y es la producción del calor, á consecuencia del roce que se hace experimentar á dos cuerpos, como sucede cuando frotando cualquiera parte del cuerpo con un lienzo, y aun con la misma mano hay aumento de temperatura; y como sucede tambien cuando tomando dos trozos de madera y frotándolos uno contra otro, no solo hay aumento de calor, sino aun producción de luz cuando se frotan vivamente y por largo tiempo, como hacen los salvajes para procurarse el fuego que necesitan. La mayor ó menor rapidez con que la sangre circula en los vasos, nos parece que es otra de las causas que contribuyen á la mayor ó menor producción de calor, agregado al que la respiración produce; y nos parece que probar esto es demasiado sencillo. Todos pueden hacer en si mismos las siguientes observaciones: cuando á consecuencia de haber andado mucho ó de haber corrido, se experimenta un sentimiento de calor árdentísimo, el corazón late con mucha rapidez; ¿qué resulta de aqui? Resulta que las contracciones y las dilataciones de las cavidades del corazón, son muy vivas y de corta duración; y que el impulso que recibe la sangre es demasiado violento y su roce contra las paredes de los vasos demasiado rápido y fuerte; de donde en consecuencia resulta el aumento de calor considerable en todas aquellas partes en que hay multitud de vasos sanguíneos. La segunda observacion es la siguiente. En las pasiones vivas, en el amor, por ejemplo, cuando se está cerca del bien amado, y se le estrecha con transporte y se le contempla embobado, y goces indefinibles absorben todos los sentidos, los ojos despiden un brillo singular, el corazón late tambien con mucha rapidez y se experimenta una sensación deliciosa de calor, tanto moral como física que entra en el número de los goces indefinibles que hemos mencionado ántes, y que son el carácter especial de esas pasiones nobles que sirven para conservar á la especie humana. Ahora bien, al palpar el aumento sensible de calor que ha habido y los latidos del corazón, ¿no se podrá es-

plicar este fenómeno del mismo modo que el anterior? Convergamos, pues, en que el resto del calor animal que no es debido á la respiración, es producido si no todo, al menos en parte por la circulación. No negamos que la acción muscular y el fluido nervioso excitado por la presencia de la sangre, tengan parte en esos fenómenos; mas como nos parece muy difícil el explicar su acción en estos casos, no hemos querido aventurarnos á hacerlo.

En cuanto á la nutrición, ella contribuye al desarrollo del calor por los movimientos alternativos de solidificación y fluidificación de los tejidos y de los humores, y por la acción de las combinaciones químicas que por su medio se efectúan para repararlos; y como ya hemos dicho que en todo movimiento y combinación química hay producción de calor, inútil nos parece insistir mas en ello.

Hasta aqui solo hemos considerado el calor animal en sus relaciones con el estado de salud; fuerza es que ahora hagamos algunas consideraciones respecto de las relaciones que tiene con el estado de enfermedad del animal.

Es opinión admitida y confirmada ya por todos los autores, que el calor que unido á las pulsaciones rápidas del corazón, precede y acompaña á casi todas las inflamaciones agudas, no es mas que un fenómeno físico, consecuencia de la rapidez de las palpitations del corazón. ¿No es claro, segun esto, que la fuente del calor morbos general está en la circulación, puesto que nunca el corazón palpita con mas rapidez que de ordinario, sin que aquel aumento considerablemente? No negamos que la respiración tenga tambien parte en la producción de este calor; y aun creemos que tiene una grande, pues cualquiera habrá observado que en este caso la respiración es mucho mas violenta que en el estado de salud, y si así es, nos parece que entonces el ácido carbónico debe de entenderse en mas cantidad, y por consiguiente ser mayor el calor producido, pues segun observamos ántes, resulta de las experiencias de Brodie y Legallois, que el calor producido está en razon directa del ácido desprendido. De suerte que creemos que si se examinase la sangre arterial en este estado, su diferencia de temperatura respecto de la sangre venosa, no sería de un grado, sino un poco mas elevado.

Por lo que respecta al calor local de los puntos inflamados, nos parece que se puede atribuir á las fuentes secundarias que hemos asignado, es decir, á los roces vivos que los globulos de la sangre sufren contra las paredes de los vasos, al llegar en mayor abundancia á aquel

punto que á cualquiera otro; y lo que parece que mas confirma esto, es que en ciertas irritaciones que no son inflamaciones (las sub-inflamaciones) en que este acopio es de fluidos blancos, si hay calor morbos, es tan sordo, que apenas se distingue del de las otras partes, y que las irritaciones nerviosas en que no habiendo ningun acopio de fluidos, no solo no existe el calor morbos, sino que la temperatura de la parte es menor que la de las otras.

Dirijámas ahora en una rápida ojeada sobre el grado de calor que en las diferentes clases de animales se desarrolla.

Todos los autores que han tratado de esta materia, hacen de los animales dos grandes divisiones, llamando á unos animales de sangre fria y á otros animales de sangre caliente: los primeros son aquellos cuya temperatura es casi la misma que la del elemento en que viven, y que varia con ella; y los segundos aquellos cuya temperatura es distinta de la del elemento en que viven, y que es invariable. De esta diferencia resulta, que el grado de calor mantenido por la respiración debe variar mucho en las diferentes especies de animales, como mil experiencias lo han probado; mas tambien estas han probado que si es diferente en las diversas especies de animales, es casi la misma en los animales de una misma especie. Jhon Davy, célebre químico inglés, trató de determinar exactamente las temperaturas de varios animales, por observaciones hechas en Inglaterra, en Colombo, capital de Ceylan y en el mar; y de sus experiencias, que me abstengo de poner aqui por no alargarme demasiado, resultó:

1.<sup>o</sup> Que en los hombres de diferentes razas, es exactamente la misma la temperatura, ya se alimenten esclusivamente con carne, como los Vaidas, ya no coman mas que legumbres, como los sacerdotes de Boudhia, ya acostumbren en fin, tomar alimentos de estas dos especies como los Europeos, con tal que se encuentren colocados en circunstancias semejantes:

2.<sup>o</sup> Que la temperatura aumenta un poco en el hombre, cuando este pasa de un pais frío ó templado, á un pais cálido:

3.<sup>o</sup> Que la temperatura mas elevada, es la de las aves; que los mamíferos ocupan el segundo lugar, que á estos siguen los anfibios, á estos los peces y ciertos insectos, y que los malucos, los crustáceos y los gusanos están comprendidos en la última clase.

Algunos autores habian creído que la temperatura de los habitantes de los trópicos, era infie-

rior á la de los de las regiones templadas; mas de las esperiencias del mismo Davy y de algunas de Despretz, resulta que esto es falso, pues el primero determinó en Ceylan la temperatura de siete hombres de distintas edades, y halló que la media era de 37.º 49', siendo así que en Inglaterra habia sido 36.º 7', y habiendo hecho el mismo químico otras varias esperiencias en el mismo lugar en distintos tiempos, y con personas de ambos sexos y de distintas edades, ha que la temperatura media del cuerpo no varia igualmente en los diversos climas con el sexo y con la edad.

Una vez probado que la respiracion es la fuente principal del calor animal, réstanos ahora saber si todo el calor es producido por ella, ó si no lo es todo, determinar la cantidad que á ella se le debe. Cuando la Academia de Medicina de Paris ofreció un premio al que demostrase por medio de esperiencias exactas la accion precisa de los pulmones en este fenómeno, exigió ademas el que se determinase con precision la cantidad de calor producida en la combustion del carbon. M. Despretz alcanzó entónces el premio, despues de haber satisfecho á la Academia con una serie de esperiencias laboriosas, de las que resultó, con respecto á la segunda parte de la proposicion de la Academia, que no todo el calor era debido á la respiracion, sino únicamente los cuatro quintos en los animales herbívoros, y los tres cuartos en los carnívoros, observándose en las aves casi la misma relacion; resultado casi conforme con el de M. Gaulttier de Claubry que dice que la respiracion no produce ni ménos de los siete décimos, ni mas de los nueve décimos del calor total del cuerpo, y que únicamente en los animales jóvenes que pierden una porcion de su calor propio, es en los que no se obtiene mas de los siete décimos. En consecuencia, solo una parte del calor animal proviene de la respiracion: ¿de donde proviene pues el resto?

Haremos ahora algunas ligeras reflexiones sobre los grados de calor y de frio que el hombre puede resistir. Es evidente que el hombre tiene mas medios de obrar contra el frio que contra el calor, produciendo este ya por grandes movimientos musculares, ya por una alimentacion abundante y estimulante, ya por la misma produccion de su calor inherente, por su energia moral, y por otros medios, como con el uso de vestidos de lana que son malos conductores del calorico, como así que apenas le quedan algunos muy débiles para resistir al calor. Le es pues mas difícil al hombre resistir un gran calor que un gran frio, y esta difi-

cultad es mayor ó menor, segun el medio por que le es comunicado aquel: si es un gaz por ejemplo, les será mas fácil que un líquido, si un sólido, mucho mas difícil que este. Basta ya de calor.

R. A.

LOCOS.

El número de personas dementes que hay en México es el de 100; 81 en San Hipólito, hospital de locos, y 79 en El Divino Salvador, hospital de locos.

IDEA DEL DESPOTISMO.

Montesquieu en su inmortal obra "El espíritu de las leyes" ocupa algunos capitulos en dar idea de los gobiernos republicano y monárquico; mas al hablar del despótico, todo lo que dice es lo siguiente. "Cuando los salvages de la Luisiana quieren coger una fruta, cortan el árbol en su pie, y, caido, le quitan el fruto. He aquí el gobierno despótico."

Un pueblo que sale repentinamente de la esclavitud, precipitándose en la libertad, puede caer en la anarquía, y la anarquía casi siempre produce el despotismo.

Yo quisiera ver un hombre sobrio, casto, moderado y equitativo que dijera que no hay Dios; al ménos hablaria sin interés; pero es una quimera encontrar este hombre.

La juventud es la edad del amor, origen de las sensaciones mas deliciosas y de las penas mas amargas, móvil de las acciones mas nobles, de los extravíos mas terribles.

Mientras el teatro siga en el estado en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud, y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las estravagancias.

Los progresos de la literatura interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; y el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional.

Si la pena debe corresponder al delito, ¿cuál merecerá el infame funcionario que entregándose al peculado, sacrifica el erario, y deja el mas pernicioso ejemplo á sus sucesores?

# ZARA Y JONÁS.

## LEYENDA BIBLICA.

I.

Un grito terrible de venganza se escuchaba en la montaña de Efrain, en la llanura de Bethel, y en las márgenes del Jordan no se oían otras voces que las de venganza y muerte á los hijos de Benjamin, porque han cometido una maldad nunca oída desde que Moisés sacó al pueblo de Israel de la servidumbre de Egipto. Vengue-mos, decía el pueblo escogido, el ultraje hecho á un levita del Señor: no, no quedará impune tan atroz delito.

Este grito que se estendia rápidamente por todas las comarcas de Israel, penetró bien pronto hasta la pequeña aldea de Jesser, de la tribu de Judá, en donde vivia la jóven virtuosa Zara con Ruben su anciano y respetable padre. Zara esbelta como la palma del desierto, pura como la rosa de Jericó, é inocente como el cándido cordero que trisca alegre en la pradera; gozaba bajo el techo paternal felices y tranquilos días; empero amaba con pasion á un benjamita llamado Jonás, de quien era tiernamente correspondida. Jonás era el idolo de su tribu por su valor, su prudencia y su generosidad; y unia ademas á una gallarda presencia un carácter afable y cortés: este jóven aguardaba con ansia la fiesta de los tabernáculos para pedir al anciano Ruben la mano de su querida Zara.

Era esta la fiesta en que se reunia la mayor parte del pueblo al derredor del arca de la alianza, que estaba en Silo, para celebrar la memoria de los beneficios que Dios habia concedido á sus mayores, durante su peregrinacion por el desierto; mas una maldad atroz cometida por sus hermanos los benjamitas, excitó la indignacion de las demas tribus y la guerra mas sangrienta se presentaba contra Benjamin, lo cual vino á destruir las mas lisonjeras esperanzas de ambos jóvenes.

La hermosa Zara temblaba al considerar los peligros que amenazaban á Jonás, porque era indudable que en una guerra en que estaba comprometida su tribu, habia de tomar una parte muy activa en sus disenciones. Ignora-

ba la jóven el motivo que habia dado origen á la animosidad de Israel contra Benjamin; pero si estaba cierta de que la guerra era inevitable.

Una tarde en que Zara y su anciano padre estaban sentados á la puerta de su casa, disfrutando de la brisa que en aquellos ardientes climas se levanta al ponerse el sol; la tierra jóven hizo reacar la conversacion sobre los disturbios que agitaban en aquel tiempo al pueblo israelita, diciéndole:—¿Cuál es el motivo, padre mio, de esta guerra que se prepara contra nuestros hermanos de la tierra de Benjamin? ¿qué delito han cometido para haberse atraído el odio de nuestros otros hermanos?—Hija mia, le contestó Ruben, los benjamitas han cometido una atroz maldad, han insultado de la manera mas horrible á la muger de un levita, maldad nunca cometida en Israel.—¿Pero esa maldad, en qué lugar ó cómo fué cometida? repuso la inocente Zara.—Voy á contarte en pocas palabras, le contestó el anciano, la historia de semejante desgracia.

Un levita que habitaba en la falda de la montaña de Efrain, tuvo un disgusto con su esposa, la cual se separó de él y se fué á vivir á la casa de sus padres en Bethlehem de Judá; el levita estrañaba mucho á su consorte y queria reconciliarse con ella, pensó en irla á buscar á la casa de sus padres y volverse á unir con ella; tomó al efecto dos jumentos, los cargó con algunas provisiones para el camino y con un criado se dirigió á Bethlehem en busca de su querida esposa, y llegado que hubo á dicho lugar, su muger y su suegro lo recibieron con el mas cordial afecto. Tres dias se estuvo en su casa muy contento, comiendo y bebiendo alegremente, el cuarto trató de volverse á su montaña; pero su suegro se empeñó en que se detuviese, por lo cual permaneció todavia un dia mas. Al siguiente, á pesar de las instancias que se le hacian para que se quedase por mas tiempo, no quiso acceder, y cargando sus dos jumentos emprendió su viaje llevándose consigo á su esposa.

Estaba ya para ponerse el sol, cuando llegaron a las inmediaciones de Jebus (Jerusalén), y aunque su criado le instaba para que pasasen la noche en aquella ciudad, el levita se rehusó diciéndole: «No entraré yo en población de gente extraña que no sea de los hijos de Israel, sino que iré hasta Gabáa en donde pasaré la noche; y si no, en la ciudad de Ramá que no debe estar ya muy distante.»

Llegó pues a Gabáa de Benjamin en donde pidió posada, y no habiendo encontrado uno siquiera de sus habitantes que se la quisiese dar, se retiró a la plaza por no tener en donde pasar la noche. A poco acertó á pasar cerca de él un anciano que venía de trabajar en el campo, y que era también de la montaña de Ephraim; pero que vivía como extranjero en Gabáa, el cual acercándose á él le preguntó:—¿De dónde eres y á qué parte te encaminas? El levita le satisfizo, contándole el motivo de su viaje y diciéndole al mismo tiempo que en ninguna casa de Gabáa le habían querido dar posada.—Sígueme, le contestó el campesino, pasarás la noche conmigo; pero apesárate no sea que te observen los de esta ciudad, porque es gente que ha puesto en olvido la ley del Señor. El levita le siguió, y llegado que hubieron á su casa, el anciano le lavó los pies y le sentó á su mesa dándole de cenar abundantemente.

He aquí que estando en la mesa, vinieron los benjamitas y cercaron la casa, pidiendo á grandes gritos que los fuese entregado el extranjero para satisfacer su torpeza: el campesino le suplicó que le dejasen y no quisiesen cometer con un hermano suyo tan fea maldad; pero en lugar de calmarse gritaba con mas fuerza aquella gente desenfrenada, que los fuese entregado inmediatamente el forastero, amenazándole con destruirle la casa y matarle. El levita viéndose en tan cruel situación, no encontró otro recurso para calmar el furor de aquellos miserables que abandonarles á su propia muger, en la que satisficieron sus torpes deseos.

Al otro día se levantó muy temprano el levita, abrió la puerta y encontró á su muger acostada en el umbral: creyendo que estaba dormida, la menzó para que despertase; pero muy pronto reconoció que estaba muerta. La ira se apoderó de su corazón y juró vengarse de los malvados que habían cometido tan horrible delito: levantó el cañáver, y atravesándole sobre uno de los jumentos, continuó su camino, y llegado que hubo á su casa dividió el cuerpo en doce partes y remitió una á cada tribu, contándole lo acaecido en Gabáa.

La mas justa indignacion se apoderó de todo Israel, y reuniéndose las tribus han jurado exterminar á Benjamin.

—Pero ¿será posible, repuso Zara, que por la culpa de los habitantes de Gabáa, sean sacrificados hasta los que no han tenido parte en semejante atentado?

—Los ancianos del pueblo, contestó Ruben, atendiendo á esas mismas razones, han pedido que se les entreguen los culpables para castigarlos; pero los benjamitas se han rehusado á ello, por cuyo motivo han resuelto exterminar á toda la tribu. Es necesario, hija mía, arrancar de raíz esa planta venenosa, que llegaria tal vez con el tiempo á inficionar á toda la nacion.

Una lágrima se escapó de los hermosos ojos de la joven judía, la cual apenas podia disimular su dolorosa sensacion. El anciano, que observó la emociion de su hija, le dijo con toda la ternura de un padre.—Querida Zara, no extraño que tu tierno corazón sienta las desgracias de nuestros hermanos; pero ellos han olvidado la ley del Señor entregándose á toda clase de desórdenes, y es claro que ya no deben pertenecer á la familia de Jacob. La tribu de Benjamin será destruida, así lo ha jurado el pueblo de Israel, y los juramentos del pueblo escogido son leyes que no se quebrantan jamas. ¡Infeliz del que faltase á su juramento; pagaria con la vida su perjurio!

II.

Era una de aquellas apacibles y deliciosas noches en que una ligera brisa refresca los climas abrasados del mediodía: el mas profundo silencio reinaba en toda la comarca de Jessor; la luna brillaba en la mitad del firmamento en todo su esplendor, bañando con su pálida y melancólica luz el pajizo techo de la joven Zara: dos años encima se elevaban enfrente de la puerta, las cuales parecian dos continentes que guardaban aquella sencilla y agradable mansion. No lejos de aquel lugar se escuchaba el murmurio de un arroyuelo que se deslizaba sobre los guijarros de que estaba formado su lecho: al pié de una de las encinas habia un banco formado de céspedes, sobre el cual estaban sentados dos jóvenes; eran Zara y Jonás: Jonás que habia atravesado por medio de los mayores peligros para venir á ver á su hermosa judía, y despedirse de ella antes de que tuviese que salir á campaña contra los israelitas.

—Querida Zara, decia Jonás con el acento

del mas profundo dolor, tal vez la muerte nos va á separar muy pronto para siempre; porque todo Israel se ha conjurado contra la tribu de Benjamin: son formidables los aprestos de guerra que se hacen; y por mas esforzados que se muestren mis hermanos, ¿cómo podrán dejar de succumbir al excesivo número de los contrarios? Yo por mi parte estoy resuelto á sepultarme bajo las ruinas de mi tribu. ¿Zara, Zara! ¿esta es la última vez sin duda que nos hemos de ver!

—No, Jonás, respondió la joven estrechándole inocentemente entre sus brazos, no quieras exponer tu preciosa existencia defendiendo á los malvados; que perezcan ellos solos, ya que con sus desórdenes han provocado la cólera de Israel. Huye, mi Jonás, de esta tierra de execracion, huye de ella á un país extraño: la Idumea no está lejos, á la Siria, al Egipto, al fin del mundo; en donde estés seguro mientras dura esta cruel y desastrosa guerra: huye, porque si tú mueres, yo no te podré sobrevivir.

—¿Qué me propones, Zara? contestó Jenas, con aire melancólico, ¿qué me propones? ¿Yo abandonar á mis hermanos en el momento del peligro! ¿abandonar á mis padres! ¿abandonar-te!... jamas. Perdoname, mi querida Zara; pero me es imposible obedecerte: indigno fuera de tu amor si dejase de ser digno de mi tribu. Los escombros de Gabáa me servirán de túmulo; pero ese túmulo recordará al pasajero que el que allí reposa, cumplió con su deber como buen Benjamita. Zara, yo creo que me amas bastante para no consentir en que se manche mi reputacion, huyendo cobardemente cuando mi tribu se halla amenazada por sus enemigos. Quiero, prosiguió el joven, arrebatado de entusiasmo, que mi sepulcro no esté lejos de ti, que esté en un lugar en donde puedas visitarlo, en donde puedas hollarlo con tus pies, tocarlo con tus manos, regarlo con tus lágrimas, y en el que de tarde en tarde esparzas algunas flores sobre su fria losa: creeme, Zara, prefiero mi veces un sepulcro al pié de las arruinadas murallas de Gabáa, que ocupar en Egipto el sòlo de Faraon.

—Basta, mi Jonás, el Dios de Moisés no permitirá que perezcas, el corazón me dice que los Benjamitas no consentirán en exponer á toda la tribu por defender á un puñado de perwersos.

—Zara, mi querida Zara, respondió Jonás, con aire melancólico, no abrigues en tu seno tan lisonjeras esperanzas, porque el desengaño te seria aun mas doloroso. Conozco bastante á la tribu de Benjamin, y sé que despues de

haber tomado una resolucion, primero se mezclarian las aguas del candoloso Nilo con las del Jordán, que ella desistiese de su propósito.

—Pues bien, Jonás, respondió Zara, pongámonos toda nuestra confianza en el Señor; yo, retirada en esta pobre aldea, esperaré con resignacion el fin de la campaña; y si la fortuna te corona con el laurel de la victoria, con qué placer le seguiré á la casa del gran sacerdote, en donde nos uniremos para siempre; pero si la suerte le fuere contraria, y por desgracia murieres... te seguiré tambien.

—Zara, hormosa Zara, dijo Jonás estrechándola entre sus brazos, tú me haces el mortal mas feliz de la tierra; ya no temo á las poderosas huestes de Israel, porque tu amor me va á hacer invencible en los combates. Pero ya se asoma la aurora y me obliga á separarme de tu lado, adios Zara, mi bien, mi amor, mi todo: no flores, serénate; no temas que me suceda alguna desgracia, porque tus oraciones se elevarán como el incienso sagrado hasta el trono del Eterno, y las súplicas del inocente jamas son desechadas en su agosto tribunal.

Zara no pudo articular una sola palabra, porque los sollozos la ahogaban: Jonás la abrazó por última vez, y se separó apresuradamente de ella, porque ya habia aclarado bastante el dia, y al retirarse podia ser descubierto por alguno de sus enemigos.

Hacia ya algun tiempo que Jonás habia desaparecido, cuando Zara pudo recobrar un tanto de su cruda angustia, y recogiendo sus agotadas fuerzas, dobló una rodilla en la tierra, juntó sus manos en actitud suplicante, y levantando al cielo sus negros y rasgados ojos, exclamó: ¡Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no permitas que los hombres se busquen para matarse, destruyendo impunemente la obra de tus manos; suspende, Dios clemente, suspende esta guerra fratricida que va á acarrear tantos desastres á tu pueblo escogido, Señor, si algo valen para contigo las súplicas de esta tu humilde sierva, perdona á los que han provocado con sus maldades la ira de Israel.

III.

Ya no son los tiempos de Josuet, en que el pueblo israelita, reunido bajo el mando de un solo gefe, salia á combatir á sus enemigos, les talaba los campos, les incendiaba las ciudades, y les destruia los ganados; porque estás enemigos eran gente extraña que adoraba á Belial, y ocupaba un país que pertenecia al pueblo escogido, porque el Señor se lo habia prometido.

do á Abraham. Ya no van á perseguir en las llanuras de Gabaon, al Jebuseo, al Amorrheo y al Phereseo, sino á sus propios hermanos, á sus hermanos á quienes están unidos con los vínculos mas estrechos que pueden unir á los hombres, los de la sangre y de la religion.

Los ancianos de Israel se reunieron en Maspha para deliberar sobre lo que se habia de hacer con Benjamin; y resolvieron unánimes llevarle la guerra y destruirlo. Con tal objeto se juntaron en Silo los gefes de todas las tribus con la gente que se hallaba en estado de tomar las armas; cuatrocientos mil guerreros componian el ejército, que solo esperaba la señal de su caudillo para arrojarle como un huracan sobre el pais de Benjamin.

El odio que los hijos de Israel profesaban á aquella tribu, era tal, que en medio de su despecho juraron que ningun israelita daria jamas la mano de una hija suya á benjamita, so pena de atraerse sobre sí la cólera y maldicion del pueblo escogido.

Llegó el día señalado para dar principio á la campaña: todo el ejército se postró delante de la tienda que guardaba el Arca del Señor, é imploró su auxilio: pero sus oraciones no eran puras; sus corazones estaban henchidos de orgullo, creyéndose invencibles por su gran numero, fiándose mas en sus propias fuerzas que en el poder de Jehová. Salieron, pues de Silo y asentaron sus reales enfrente de los muros de Gabaá.

Los hijos de Benjamin no habian estado ociosos. A los primeros amagos de la guerra se reunieron en su ciudad para consultar lo que se habia de hacer para resistir á los enemigos: en lo primero que se pensó fué en nombrar un caudillo que reuniese todas las cualidades necesarias para gobernar la tribu en aquellas horrosas circunstancias y que dirigiese al mismo tiempo la campaña. Despues de que se hubieron propuesto á varios de los principales de la tribu para que la presidiesen durante la guerra, ninguno pudo reunir el voto general del pueblo: se dividieron las opiniones; unos querian á este por jóven, otros á aquel por viejo; de manera que pronto se vió la ciudad dividida en dos poderosos bandos prontos á decidir por la fuerza de las armas aquello que no habian podido convenir en paz; pero los ancianos mas respetables, les hicieron presente los funestos resultados de su discordia, y que era mas acertado inscribir los nombres de todos los que se juzgasen dignos de obtener tan alto cargo, y echarlos en una urna de marfil, y el que lo to-

case en suerte gobernarlos, fuese inmediatamente obedecido por todos.

La propuesta del anciano fué aceptada, é inmediatamente se echó suerte, y esta recayó en Jonás: toda la tribu recibió con satisfacción y entusiasmo la nueva de que el jóven Jonás era el caudillo que los habia de conducir á la campaña. Jonás era apreciado de todo el pueblo por su valor, su modestia, su afabilidad y sobre todo por su pericia militar: pues siendo como eran los benjamitas inclinados á la guerra, sabian distinguir las ventajas de un buen general. El benjamita se acostumbraba desde su infancia á toda clase de ejercicios que le hiciesen ágil y robusto, llegando á manejar las armas con tal destreza, que con la misma facilidad se servia de la mano derecha que de la izquierda.

Jonas, con la actividad de un buen general, fortificó lo mejor que pudo la ciudad; armó y disciplinó sus tropas, y esperó con firmeza que se aproximase el enemigo.

Muy pronto se vió sitiado por un ejército que era diez veces mas numeroso que el suyo; pero esto, lejos de intimidarle alentaba su valor. El tiempo pasaba y los sitiadores no se decidian á escalar los muros; Jonás impaciente por venir á las manos con los enemigos de su patria, no pudo permanecer por mas tiempo encerrado en la ciudad, así es que, arrojándose repentinamente con sus valientes soldados fuera de las murallas, arrolló todos los escuadrones de Israel que se le oponian al paso, llevando por todas partes donde se presentaba la desolacion y la muerte. Un terror pánico se apoderó de los israelitas, al verse combatidos por todas partes por sus enemigos, y apelaron por último recurso á una vergonzosa fuga, refugiándose los que quedaron con vida en Silo.

Los israelitas, pasados algunos dias, pensaron volver de nuevo á buscar á sus enemigos; pero antes se postraron delante de el Arca Santa, imploraron el auxilio del Señor, y marcharon en seguida sobre la ciudad Gabaá.

Volvieron, pues, los hijos de Israel á llevar sus numerosas huestes contra los benjamitas, á quienes creian desapercibidos, por lo que entendieron que en esta accion les seria muy fácil el sorprenderlos, y vencerlos; pero se engañaron, porque el guerrero que defendia á Gabaá no era de esos seres mequinos que se embriagan con una victoria. Habia previsto lo que debia sobrevenir; y por tanto, en lugar de entregarse al ocio, procuró fortificar mas y mas la ciudad, sin descuidar por eso la observancia de la mas rigurosa disciplina en sus tropas.

Entretanto los israelitas ordenaban sus escudrones á muy corta distancia de los muros de Gabaá, esperando que los benjamitas saliesen á combatir con ellos. Jonás no se hizo esperar mucho tiempo, y salió á buscarlos á la campaña; pero no ya con la impetuosidad con que habia salido en el anterior combate para sorprender á los israelitas que estaban desapercibidos; sino con toda la precaucion necesaria para combatir con unos soldados que no se dejarian tan fácilmente arrollar despues de haber recibido una leccion tan fuerte en la anterior campaña.

Jonás condujo á sus benjamitas con el mayor orden hasta una colina, desde cuyo punto comenzó á molestar al enemigo, descargando sobre él una densa nube de dardos y de flechas. Los de Israel avanzaron sobre la colina y atacaron con el mayor impetu á los que la defendian, pero fueron rechazados vigorosamente con pérdida considerable de gente; no por esto desmayaron, antes bien, volvieron de nuevo á la carga, corriendo la misma suerte que la primera vez. A pesar de la pérdida que ya habian sufrido, quisieron hacer el último esfuerzo, y se precipitaron sobre los benjamitas con tanta furia, que estos apenas pudieron contenerlos; pero en este crítico momento, Jonás ordenó á la caballeria que saliese de las emboscadas en donde estaba oculta, la cual flanqueó á los enemigos en todas direcciones; y no pudiendo ya entonces sostenerse los hijos de Israel, se desordenaron completamente y apelaron por último recurso á la fuga. Los benjamitas los persiguieron largo trecho y volvieron para recoger los despojos del enemigo.

Jonás volvió á Gabaá al frente de su ejército victorioso, y al entrar, gozó del hermoso espectáculo de ver á todo un pueblo entregarse entusiasmado al regocijo, por el nuevo triunfo que acababa de obtener. No quiso admitir la parte del botin que le correspondia como gefe, contentándose únicamente con los laureles que habia recogido en el campo de batalla, y lisonjándose de poderlos ofrecer algun dia á los pies de la hermosa que habia cautivado su corazón.

Jonás, que conocia la tenacidad de sus enemigos, estaba seguro de que tan luego como se repusieran un tanto de su derrota, no dejarian de volver á emprender la campaña. Por lo tanto pensó en prevenirse, y al efecto mandó que todas las tropas se ejercitasen de continuo en el manejo de sus armas, y que estuviesen prontas á marchar como si tuviesen al enemigo á las puertas de la ciudad. Pero los benja-

mitas que se habian enriquecido con los despojos de los hijos de Israel, ya no querian esponerse á los peligros de una nueva campaña, y comenzaron á insubordinarse: Jonás era firme por carácter, y quiso obligarlos á volver al orden; y de aqui tomaron pretexto los evadidosos de sus glorias para acusarlo de querer mandar al pueblo como soberano absoluto, queriéndolo oprimir con el peso de su poder. Aquel pueblo, siempre celoso de su libertad, sin atender á los consejos de la razon y de la justicia, depuso á Jonás, y confirió el mando del ejército á Zabulon, jóven inesperto, orgulloso y tenaz.

IV.

Presto llegó á Silo la noticia de la nueva derrota de los hijos de Israel, la consternacion fué general, y mas la familia que no llorase la pérdida de algun pariente ó de algun amigo. Los ancianos serasaban las vestiduras, se vestian de cilicios, y se cubrian de ceniza la cabeza, dando muestras del mas profundo dolor. Otros salian de sus casas llorando y mesándose los cabellos; porque el Señor los habia abandonado y los entregaba en poder de sus enemigos. ¡Cómo es posible, gritaban, que una sola tribu triunfe de las fuerzas reunidas de Israel! ¡Dios de Abraham y de Moisés, esclamaban, tu que libraste á tu pueblo escogido del yugo de los egipcios, que lo condujiste por el desierto y lo alimentaste milagrosamente, ¿por qué ahora apartas tu vista de nosotros, y nos entregas en manos de aquellos que se han separado de tí poniendo en olvido tus santas leyes?

La tristeza y el desconsuelo eran generales en Silo, y mas se aumentó cuando vieron entrar los restos del ejército, tintos de sangre, cubiertos de polvo y estenuados de fatiga. El anciano que volvía á ver á su hijo, creía que la tumba se lo devolvía: la esposa abrazaba al esposo, y como asombrada y temiendo que no fuese un sueño, lo tocaba por todas partes, le pasaba la mano por el rostro y esclamaba: ¡sí, él es, él es! ¡vive todavia! y lo estrechaba de nuevo entre sus brazos.

Zara entretanto vivia retirada en su aldea de Jesser, orando dia y noche por la conservacion de la vida de Jonás; de vez en cuando llegaban á sus oidos los triunfos de Benjamin sobre Israel; pero estos triunfos, lejos de consolarla, la afligian mas, porque consideraba los raudales de sangre que se estaban derramando entre sus hermanos.

Algunos dias despues de la catástrofe que habian sufrido las armas de Israel, y cuando es-